

clero, la cristianización y civilización de sus diocesanos durante su episcopado de veinticuatro años, es un caso único en la historia eclesiástica de América. Dos veces recorrió su gran arquidiócesis con indecibles penalidades y repetidos peligros de la vida, y penetró en los más altos valles de los Andes hasta las más remotas habitaciones de los indios, predicando en todas partes y dictando saludables ordenaciones. Dícese que administró el sacramento de la confirmación a unas 800000 personas. Iglesias, monasterios, seminarios, establecimientos de beneficencia anunciaron en los más diversos sitios todavía por largo tiempo la gloria de este gran pastor de almas, a quien Benedicto XIII en 1726 concedió el honor de los altares (1).

Un territorio de tan enorme extensión como las posesiones españolas no podía obtener suficientes operarios. Por eso fué un pensamiento feliz el haberse resuelto la Compañía de Jesús a anunciar la religión del Crucificado también en Méjico, Perú y Chile (2).

A Méjico fueron los jesuitas por deseo de Felipe II. El general San Francisco de Borja envió al P. Pedro Sánchez con once Padres, los cuales llegaron a Veracruz en septiembre de 1572. Predicaron allí y en Puebla de los Angeles con tan buen éxito que ambas ciudades quisieron retenerlos. Pero conforme a la orden de su general se encaminaron a la capital, donde en 1573 fundaron un colegio y pronto también escuelas. Con rápida sucesión se erigieron colegios en Pazuaro, Oajaca, Puebla, Veracruz y Tepozotlán (3). Así el arzobispo como el virrey dieron cuenta al Papa de la abnegada labor de los misioneros con los españoles, los indígenas y los negros. En los años de peste de 1575 y 1576 señaláronse los jesuitas tanto como las demás Ordenes religiosas. Para poder trabajar con los indígenas, tomaron a pechos, al igual que sus predecesores, los franciscanos y dominicos, aprender la difícil lengua mejicana. Los indios ensalzaban especialmente el completo desinterés de los jesuitas, que rehusaban presentes,

(1) Cf. Nicoselli, *Vita di S. Toribio Alfonso Magrovesio*, Roma, 1726; Bérengier, *Vie de St. Turibe, Poitiers*, 1872. Sobre la introducción de la imprenta por Santo Toribio v. Dahlman, *Filología*, 71 s.

(2) Cf. P. de Aguilar, **Descriptio, Bibliotheca Vatic.*

(3) Para lo que sigue cf. Sacchini, IV, 35, 64, 99, 210, 249, V, 64, 107 s., 224; Alegre († 1788), *Hist. de la Compañía de Jesús en Nueva España*, I, Méjico, 1841, y Astrain, III, 123 s.

repartían abundantes limosnas y aun redimían a los presos por deudas. De todas partes afluían a ellos los indios; los enfermos eran llevados a las residencias de los jesuitas a menudo desde muy lejos para que pudiesen recibir los sacramentos. En Méjico se formó una Congregación Mariana, que se agregó a la romana. En las ciudades marítimas los jesuitas se interesaban por el bien corporal y espiritual de la mezcla de pueblos que allá concurrían. El arzobispo de Méjico, Pedro Moya de Contreras, dió en 1582 un brillante testimonio de su infatigable labor como operarios evangélicos y como maestros (1). A fines del pontificado de Gregorio XIII la Compañía de Jesús poseía en Méjico ocho casas con 150 miembros, que producían copiosísimo fruto, del cual comunican interesantes particularidades las cartas anuas de la Orden (2).

En el Perú la misión de los jesuitas había comenzado ya en 1568 (3). También aquí se dirigieron primeramente a la nueva capital, Lima, y a la antigua ciudad del sol, Cuzco. Sin desatender a los españoles, se consagraron con especial ardor a la población indígena. La iglesia del colegio de Cuzco constaba de dos partes, la una para los españoles, y la otra para los indios. El rector del colegio de Cuzco, el excelente Juan de Zúñiga († en 1577), penetró hasta las partes más inhospitalarias de los Andes. Pero para poder trabajar con buen suceso en el país se requería el conocimiento de los más idiomas indios posibles. Por eso los primeros misioneros jesuitas se dedicaron al punto con ardor a aprender los muy difíciles dialectos. El dominico Domingo de Santo Tomás había compuesto la primera gramática de la lengua quichua (4). El jesuita Alonso Barzana parecía poseer el carisma del don de lenguas (5). Llegado al Perú en 1569, residió primero en Lima, luego en el Alto Perú, la actual Bolivia, donde aprendió la lengua puquina, y siguió a los conquistadores, a los valles del este de los Andes, donde se familiarizó asimismo con los idiomas de los indios, de suerte que podía predicar a las tribus de aquel país en

(1) Astrain, III, 148 s.

(2) Cf. *Litt. ann.*, 1581, p. 135, 1584, p. 305, 1585, p. 179 s. Astrain, IV, 388 s.

(3) Para lo que sigue, además de Sacchini, IV, 35 s., 66 s., 100 s., 132, 134, 171, 210, 250, V, 66, 108, cf. *las Litt. ann.*, 1582, p. 273 ss., 1584, p. 286 s.; Astrain, III, 151 s., IV, 506 s.

(4) V. Dahlmann, *Lingüística*, 70 s. Cf. L. Paz, *La universidad de la capital de los charcas, Sucre*, 1914, 49 s.

(5) Cf. Sacchini, IV, 68.

su lengua propia. Más tarde publicó Barzana una gramática, un diccionario, un libro para confesarse y un devocionario en cinco dialectos indios. Este trabajo le ha asegurado una honrosa memoria entre los investigadores de la lengua quichua (1). La obra más extensa sobre el quichua la compuso el P. Diego González Holguín, llegado al Perú en 1570, el cual vivió varios años en el colegio de los jesuitas de Juli, a las orillas del lago de Titicaca, agua sagrada de los peruanos. Allí donde yacen las gigantescas ruinas del célebre templo del sol, adquirió tan profundos conocimientos lingüísticos, que el virrey en 1575 le nombró intérprete general de las lenguas quichua, puquina y aymará, así como defensor general y abogado de los indios. Hacia el fin de su trabajosa vida, editó Holguín una gramática y un diccionario de la lengua quichua, que son todavía hoy muy apreciados (2).

En Juli los jesuitas establecieron una imprenta, cuyas ediciones se hicieron mucho más correctamente y mejor que los impresos peruanos de la segunda mitad del siglo XIX (3). Allí se publicaron, asimismo compuestos por el P. Diego González Holguín, un excelente diccionario, una gramática y la vida del Salvador en la lengua de los aymaraes, que formaban la población predominante de los Estados del sur. El jesuita Diego de Torres Rubio llegado al Perú en 1577, que enseñó en el colegio de Chuquisaca el quichua y los dialectos afines, logró penetrar hasta las delicadas particularidades de la lengua de los indígenas. Los obispos del Perú pusieron en sus manos la corrección y la nueva impresión del catecismo cuya edición acordó el sínodo provincial de Lima de 1584. Las obras de Rubio y Holguín forman aún hoy la base para el estudio de los dialectos peruanos (4).

Pero no sólo para la lingüística produjo los más excelentes frutos la actividad de los jesuitas misioneros en el Perú; también otras ramas de la ciencia le son muy deudoras. Testimonio de ello es ante todo la célebre Historia natural y moral de las Indias, de José de Acosta, que llegó al Perú en 1571 y teniendo apenas treinta y cinco años de edad fué nombrado provincial. En los extensos y penosos viajes que emprendió siendo superior, se apro-

(1) V. Dahlmann, *Lingüística*, 72 s.

(2) V. *ibid.*, 73 s.

(3) Juicio de Tschudi, *Organismo de la lengua quechua*, Leipzig, 1884, 73.

(4) V. Dahlmann, *Lingüística*, 73 s.

pió los notables conocimientos históricos y lingüísticos que hacen su obra una de las más importantes fuentes sobre el Perú. Habiéndose publicado primero en latín, la Historia fué luego traducida al español, francés, alemán, inglés y holandés. Respecto de la colección de las tradiciones y leyendas, así como de la historia del imperio de los incas, adquirió los mayores méritos Blas Valera, que descendía de los incas por su madre y se hizo jesuita en 1568. Su Historia del imperio de los incas, compuesta en latín, no se ha conservado por desgracia sino en parte. Los fragmentos sobre religión, costumbres, instituciones e idioma, sobre los productos y plantas medicinales del Perú, que utilizó Garcilaso de la Vega en su Historia de este país, dan concepto de la obra de Valera (1).

José de Acosta, que trabajó en el Perú por espacio de quince años, alcanzó una especial importancia por su obra sobre la conversión de los indios, publicada en 1584. Este trabajo tan perfecto por el fondo como por la forma es el primer ensayo sistemático de una teoría sobre las misiones, completa y consecuente, que de una manera clásica expone la dirección con tan buen éxito defendida por la Compañía de Jesús. Acosta se declara expresamente contra la opinión de que se podía sojuzgar con las armas a los bárbaros por causa de su incredulidad o también, como opinaban entonces algunos teólogos, por sus pecados contrarios a la naturaleza. Como modelo perfecto parecele la misión evangélica sin ninguna ayuda militar; pero como esto no se puede realizar por el salvajismo de los bárbaros, dice que hay que tomar un nuevo camino respecto del nuevo linaje de hombres, una mezcla, por decirlo así, debiendo los misioneros hacerse acompañar de soldados para su defensa. A los curas de los indios, que en el aspecto moral y religioso dejaban mucho que desear, recomiéndales con palabras encarecidas pureza de costumbres, humildad, piedad, caridad y mansedumbre. Indica que el bautismo no debía administrarse demasiado presto, ni sin cuidadosa preparación, y que los indígenas no habían de ser impedidos de recibir la comunión; en cambio en favor de la admisión de los indios al sacerdocio no se atrevía a declararse su mismo fogoso abogado Acosta; sólo los concilios provinciales de Lima (1582) y de Méjico permitieron en principio la colación de las sagradas ordenes a los

(1) Cf. Winsor, *History of America*, I, Boston, 1885, 262 s.; Dahlmann, *loco cit.*, 67 s.

indígenas (1). Hízose esto probablemente por indicación de la Santa Sede. Ya San Pío V había dado extensas facultades a los obispos para proveer a América de clero suficiente; Gregorio XIII completólas y otorgó que se pudieran ordenar y colocar aun los vástagos de matrimonios inválidos, aunque fuesen criollos, o mestizos, con tal que tuviesen las otras condiciones requeridas por el Derecho canónico. Las esperanzas de formar un clero indígena fueron también fomentadas por la extensa actividad docente de los jesuitas (2).

Cuánto florecía la misión de los jesuitas en el Perú en tiempo de Gregorio XIII a pesar de las dificultades que le puso el virrey Francisco de Toledo (3), se ve por el hecho de que la Orden en 1582 poseía en el país cinco colegios y dos residencias con 133 miembros, de los que 50 dominaban enteramente la lengua de los indígenas. Los naturales tenían grande amor a sus maestros y consejeros, los cuales se interesaban también con gran celo por los infelices trabajadores de las minas de plata (4).

Con los jesuitas rivalizaban los franciscanos; especialmente el hermano lego Mateo de Jumilla adquirió los mayores méritos; en la provincia de Cajamarca iba de lugar en lugar y obtuvo extraordinario influjo en los indígenas con la ayuda de los niños a quienes instruía (5). En Chile el franciscano Antonio de San Miguel convirtió un sinnúmero de indios, que le seguían con amor filial. El excelente varón no se cansaba de representar al gobierno español las injusticias que se cometían contra los indígenas (6).

Las dificultades con que los jesuitas tenían que luchar en el Brasil, eran tan grandes, que algunos desesperaron de su trabajo de misión, y se pasaron a los cartujos, lo cual sin embargo prohibió Gregorio XIII (7). La mayor parte con todo perseveró, aunque

(1) V. el excelente artículo de Schmidlin: *Kathol. Missionstheoretiker des 16 u. 17 Jahrhunderts*, en su *Zeitschr. f. Missionswissenschaft*, I, 219 s., y Huonder, *Clero indígena*, 19 s., 24 s., 26.

(2) V. Huonder, *loc cit.*, 31 s., 33.

(3) Fue mandado volver a España en 1580; cf. Astrain, III, 168 s. Aquí también se trata por menudo sobre el justificado proceder de la Inquisición contra el indigno P. Luis López; cf. Medina, *Historia de la Inquisición en Lima*, I, 99 s.

(4) V. *Litt. ann.*, 1582, p. 273 s.

(5) V. Holzappel, 511.

(6) V. *ibid.*, 513.

(7) V. Sacchini, IV, 200 s.

la codicia y dureza de los colonos portugueses amenazaba con frecuencia aniquilar todo lo que con afanes se había logrado. La mies es abundante, se decía en una relación, pero el esfuerzo increíble (1).

También en el Brasil procuraban los jesuitas domiciliar a los indígenas y juntarlos en aldeas, donde podían acostumbrarse a una vida ordenada y prepararse para recibir el cristianismo. Lográbase con frecuencia de un modo maravilloso hacer de estos salvajes hombres civilizados y piadosos cristianos. Por lo demás, siempre se administraba el bautismo tras una larga probación, pues se conocía la volubilidad de los indios. Cuán grande era el temor de los indígenas a la tiranía de los colonos, mostróse cuando en 1575 a la sola noticia de que los portugueses estaban en camino, comenzaron a dispersarse los indios establecidos por los jesuitas en numerosos parajes junto al Río Real. Sólo con grandísimo trabajo pudieron más tarde ser inducidos a volver algunos (2).

En los años 1577 y 1581 grandes comarcas del Brasil fueron afligidas por enfermedades contagiosas. Produjo honda impresión en los indios el que los jesuitas en esta necesidad desplegasen una abnegada caridad con el prójimo y no temiesen ningún peligro de contagio para dar a los enfermos consuelo corporal y espiritual. Muchos se convirtieron. En los años últimamente mencionados la Compañía de Jesús poseía en el Brasil dos colegios y cinco residencias con un total de 140 miembros (3).

De los muchos misioneros excelentes que trabajaron en el Brasil, fué el más notable el P. José de Anchieta, el cual desde su llegada en 1553 hasta su muerte en 1597 consagró todas sus fuerzas a la obra de la misión, de suerte que recibió el honroso título de apóstol del Brasil (4). Aun por parte de los protestantes se han tributado grandes elogios a su celo de la salud de las almas. «Descalzo, con la cruz, el rosario al cuello, el bordón de pere-

(1) Cf. *Litt. ann.*, 1583, p. 201 s., 1584, p. 140 s., 1585, p. 136 s.

(2) Cf. Sacchini, IV, 61 s., 97 s., 131 s.

(3) V. *ibid.*, IV, 208 s., V, 63 s., 223. Desde 1580 trabajaron también en el Brasil los carmelitas descalzos; v. De Macedo, *O Brasil religioso* (1920) 89 s.

(4) Cf. su biografía por Baltasar Anchieta, publicada en latín (Colonia, 1617), y también en portugués y español; v. el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, I^o, 806. A ésta se ha añadido recientemente la *Vida do P. José de Anchieta pelo P. Pedro Rodrigues*, dada a luz en los *Annaes da Bibl. nacional do Rio de Janeiro*, XXIX (1909), 181-287.